

LA GUERRA Y LA HISTORIA

por ANGEL GONZALEZ DE MENDOZA
Teniente General

Los espíritus cultivados y formados en las disciplinas militares, conocen todo el valor del adagio latino «si vis pacem para bellum», que los espíritus ligeros creen que se limita a formar un copioso arsenal de armas, cuanto más modernas mejor, preparar los técnicos especialistas en su manejo, y lanzarse a la guerra alegremente, bajo la dirección de «aficionados» que la han preparado, sin prepararla ni prepararse.

ESTUDIO Y MEDITACIÓN

Y para no ser solamente nuestra afirmación la que cuenta, diremos que preparar la guerra requiere preparar los mandos superiores, y éstos se preparan con el estudio y la meditación de la historia militar, como dice el escritor militar suizo Bäuer, cuando escribe: «El estudio de la historia militar es útil y hasta necesario a la formación de los Jefes de orden superior; no es ella, sin embargo —aunque esto disguste a los historiadores—, sino el destino, el que los hace surgir un poco al azar».

Queda no obstante, que el temperamento de este hombre predeterminado no se descuide en la meditación de los grandes ejemplos del pasado, sino que éstos mismos trasciendan a su persona de grado en grado y de mando en mando.

«Esta meditación de la historia militar no debe ser ni diletante, ni desordenada, como lo fue en Adolfo Hitler; para ser aprovechado, ese estudio debe ser sistemático y programado».

PERVIVENCIA DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS

«¿Pero es que todavía vamos a tener que estudiar a Alejandro, Aníbal, César o Escipión?», dirán algunos. Pues sí.

Una sola respuesta basta. Las dos últimas guerras mundiales, en Europa, se han caracterizado por una maniobra de ala, llamada vulgarmente «Plan Schelieffen»; y hasta se dice que éste murió murmurando: «¡Reforzar el ala derecha!» Y recientemente calificaba yo la invasión marxista de la Península Ibérica, en 1936, como «gigantesco Cannas político de Europa».

Porque no es seguro que la guerra de mañana sea exclusivamente un cambio de missiles de calibre megatónico, para reducir cada uno a cenizas las ciudades de su enemigo y su industria, y aniquilar de 75 a 100 millones de habitantes de la coalición contraria. Pues, aunque así fuera, ya decía Mao-Tse-Tung que si la energía nuclear enemiga eliminara 300 millones de chinos, siempre quedarían otros 300 millones que habría que derrotar. Esto tal vez no pase de una bravata, pero la realidad es que plantea una especie de final lógico de un supuesto duelo nuclear.

Como no es de creer que ninguno de los adversarios, pese a su desgaste, se diera espontáneamente por vencido, al haber consumido las armas nucleares, de larga sustitución, y aniquilado la gran industria militar, tratarían de seguir la guerra para conseguir la victoria por los medios clásicos a su alcance, y volveríamos a necesitar gente adoctrinada en la guerra de siempre. ¿Tendrán, pues, todavía vigencia Jomini, el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Clausewitz, Villamartín, Almirante, Foch, Douhet, Mahan, Fuller o Liddel Hart?

Quando el explosivo físico —puesto que no es más que la explosión del átomo— ha sustituido al explosivo químico, que llevaba prácticamente seis siglos reinando en el campo de batalla; cuando la que pudiéramos llamar velocidad militar de propulsión, comparándola con el «Arma Rápida» clásica, que era la Caballería, se va multiplicando por 2.000, ya que ese es el factor si consideramos a una Caballería que ha marchado diez horas en el día a una velocidad de nueve kilómetros por hora para dar al final de su jornada una carga de cinco minutos de duración a una velocidad de 60 kilómetros por hora, y comparamos su velocidad media con la de un proyectil de

gran alcance (10.000 kilómetros), que recorre la semicircunferencia terrestre en una hora; cuando todo el mundo piensa en una guerra de «apretar botones», parece inocente querer sacar enseñanzas de una historia militar que narra acontecimientos y sucesos, estrategia y combates, que parecen de la Edad de Piedra por comparación con los satélites y proyectiles enviados a la Luna y a Marte, y que mandan su información y fotografías casi como si fueran seres racionales.

LA GUERRA Y LA EVOLUCIÓN DE LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

Pero no nos dejemos impresionar demasiado por este progreso técnico, que no debe confundirse con la civilización. Hay un matiz diferencial, que equivale al que puede haber entre los conceptos de aristocracia y nobleza, que conviene tener en cuenta, aunque no sea más que para dejar sentado que el progreso no puede ni debe eliminar la cultura.

Además, un fenómeno parecido de estupor ante la sorpresa técnica, ya lo experimentó la humanidad a la aparición de las armas de fuego en el campo de batalla, que, por muy rudimentarias que fueran, eliminaron de él al Caballero y su armadura, como registran, con gran escándalo, los cronistas militares de la época. Incluso Cervantes, que, en el famoso discurso de las Armas y las Letras, de «Don Quijote», llega a desear que no se hubiera inventado ese artificio del demonio, con el que, opina, que un villano que acaso huyó despavorido al disparar, puede cortar la vida de un cumplido caballero. O la crónica de Alfonso XI en el sitio de Algeciras, que parece que, al relatar los disparos de los moros, está reseñando, en pequeña proporción, los estragos de una bomba atómica.

Porque la Historia Militar, mal estudiada y mal comprendida, deteniéndose en lo accidental y perecedero sin penetrar en lo fundamental y permanente, llega a perder de vista su principal objetivo, razón fundamental de estudio, que es, a través de las fricciones interiores y exteriores de los Estados, investigar la evolución de las estructuras sociales. Pues no cabe dudar que entre los factores fundamentales determinantes del progreso humano y de la evolución social, figuran, en lugar muy destacado, las instituciones militares y la guerra, con todas sus consecuencias técnicas, sociales, políticas y económicas. Y si esto ha sido así en más de dos mil años de his-

toria, rebasando con Alejandro y Roma el ámbito local y el nacional, no hay motivo aparente para que en nuestra época cambie el signo del acontecimiento bélico.

Como he dicho otras veces, es sin duda exagerada la frase del General Villalba en la *Táctica de las tres Armas*, que estudiábamos en la Academia, cuando decía: «La espada tinta en sangre y coronada por el laurel de la victoria, es el único emblema del progreso». Pero no cabe dudar que la guerra, tanto para el victorioso como para el derrotado, impone una indudable evolución de las estructuras sociales, a la que no cabe escapar.

Este tema ha sido objeto de un profundo estudio en el XIV Curso de Problemas Militares de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, y la consecuencia no ha podido ser diferente de la expuesta.

EL DETERMINISMO HISTÓRICO

Porque el que no sabe estudiar la historia y no alcanza su finalidad, cree que es sólo narrativa, enumerativa, y únicamente ve en ella batallas, tratados de paz, emperadores, reyes, diplomáticos, generales, héroes, guerrilleros, ministros, víctimas y mártires; reprochan que en ella «no sale el pueblo». Sin contar que el pueblo es objeto y no sujeto de la historia —pues una de las muletillas de los prohombres que dicen representarlo, en cuanto se les ocurre algo que no es una vulgaridad, es decir que «están haciendo historia»—, no puede dejar de calificarse de pedantería la moderna teoría histórica de algunas Universidades «avanzadas», entre las que no puede desecharse a la Sorbona, que tratan de sentar que la evolución de las estructuras sociales es independiente del acontecer histórico —por lo que llaman a su teoría, «historia no acontecional»—, teniendo como origen un determinismo histórico que, por lo menos, contrasta con la negación permanente del determinismo geográfico y de la geopolítica, como su pariente más cercano.

Acaso fuera maligno suponer que el primer determinismo se acepta por su parentesco próximo con el «materialismo histórico» propugnado por Moscú, y el segundo, y su consecuencia lógica, se rechaza por su patrocinio germano.

Lo que no podrán negar ni unos ni otros es que la derrota de Alemania y el haber figurado Rusia entre los aliados vencedores, ha he-



Ateena, diosa de la guerra y a la vez de la paz fértil a la sombra de las espadas, medita. (Relieve en mármol del Musco de la Acrópolis, Atenas.)



«El Penseroso»

Reflexivo, ensimismado en sus pensamientos, símbolo del examen frío, calculador, del estratega, así aparece Lorenzo de Médicis en el sepulcro hecho por el escultor universal Miguel Angel.

cho «evolucionar la estructura social» de 17 millones de habitantes de la Alemania Oriental y de todos los demás países satélites.

LA REVERSIÓN DE LA HISTORIA

Sin embargo, a la hora de celebrar los triunfos del imperialismo marxista, no hay inconveniente en invertir el concepto de la Historia Militar.

Hay que buscar entonces un historiador del partido que redacte la Historia Militar de la Gran Guerra patriótica (concepto antes prohibido), para demostrar que el arte militar soviético es el primero; que el Generalísimo Stalin, Mariscal de Rusia por la gracia «del dedo», era el artífice de la victoria aliada, hasta que le destronó Kruschef; que los ejércitos soviéticos eran muy superiores a los de los países burgueses y capitalistas. Pero esto es la Historia al revés. Si el estudio de la Historia tiene alguna utilidad, es a condición de hacer un relato objetivo del que sacar consecuencias. No escribir unas premisas obligadas para deducir de ellas un relato.

LA DOCTRINA FRANCESA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La segunda Gran Guerra, con el triunfo fulminante, inicial, de los ejércitos alemanes y la derrota francesa en los campos de batalla, con el relevo del General Gamelin, ha hecho que se haya reprochado a la Escuela de Guerra francesa haberse quedado, entre 1930 y 1939, con una guerra de retraso; y algunos han llegado, en la exageración, hasta decir que después de la primera Guerra Mundial se formó el Ejército francés en los métodos de la guerra de Crimea.

Positivamente todo ello es incierto. El Reglamento para el empleo táctico de las grandes unidades que en 1936 promulgó el Ejército francés, preveía perfectamente lo que iba a acontecer en la guerra subsiguiente, y preconizaba tres órdenes de defensa contra-carros, incluso en los servicios y en los puestos de mando.

El General Tremeau, Comandante en 1935, que fue mi profesor de Táctica de Caballería en la Escuela de Guerra de París, en sus estudios sobre lo que él llamaba «Arma Rápida» —en definitiva, las Grandes Unidades Acorazadas—, ponía en guardia al Ejército francés sobre lo que luego le sorprendió en el campo: la acción fulminante del blindado apoyado por una potente aviación.

El Coronel Bregeault, el Teniente Coronel De Saint-Remy, el

Comandante Klein, por no citar más que los profesores más destacados de aquella época, no nos han explicado nunca la guerra de Crimea, sino una guerra, entonces futura, muy bien vista, y estudiada con un método tan ordenado como acertado y lógico.

Si, pese a las advertencias, luego ha habido puestos de mando que los carros alemanes han hecho prisioneros; posiciones defensivas que sólo contaban con un embrión de zanja que apenas cubría la pantorrilla; carros tripulados por obreros movilizados, en tan deficiente estado de conservación que casi eran objeto de combustiones espontáneas; unidades de reservistas que huían aterradas ante las sirenas de los «stukas», no es a causa de la doctrina francesa, sino «pese» a la doctrina francesa, porque los oficiales de las tropas no habían asimilado las predicciones y doctrinas de la Escuela de Guerra.

PRINCIPIOS Y PROCEDIMIENTOS

Porque tanto en cuestiones de doctrina como de estudio de la historia hay que saber distinguir y separar, los principios de los procedimientos; las normas de empleo, de la calidad de los instrumentos.

Las ideas no admiten ingerencias de procedimientos. La doctrina es una selección de ideas que sirven de base a la redacción de los Reglamentos. La Historia, mejor el estudio de la Historia, tiende a una selección de ideas que sirva de base a la conducta de los futuros mandos superiores. Ambas selecciones son, en cierto modo, independientes de los procedimientos.

Cuando se dice en la doctrina que la defensiva estática no puede llevar a la victoria, pero que, como no se puede ser fuerte en todas partes, hay que ponerse a la defensiva en la mayor parte para poder practicar la ofensiva en la menor, se están formulando principios independientes de los procedimientos.

Cuando sacamos consecuencias de principio de tres de las más típicas batallas de Napoleón, lo hacemos con abstracción de los procedimientos de la época, que no incluían más que el fusil de chispa y el cañón de bronce. Y así, podemos decir:

Marengo. Fundamental la conducta que se ha llamado «acudir al ruido del cañón», como hizo el General Dessaix. La que el Capitán General Muñoz Grandes definía con la frase: «Allí puede ocurrir, pero aquí ya está ocurriendo».

Ulm. Maniobra de ala de feliz resultado, porque el enemigo no

se dio cuenta —y no aprovechó— de la debilidad de esta maniobra cuando se deja al descubierto el eje de la conversión.

Austerlitz. Brilló el sol de Austerlitz, como se ha dicho, porque está bien y es de gran importancia la norma de «la conservación del contacto». Pero no hasta el extremo de abandonar una posición defensiva de capital importancia para perseguir una fracción que se repliega, dando lugar a que la ocupe otra fracción enemiga preparada al efecto.

VERDY DU VERNOS, PECKER, WILLISEM Y FOCH

Deliberadamente, en todos los ejemplos aducidos, no hemos rozado nada que pueda parecer medios o procedimientos. Y, en estas condiciones, no puede negarse que sigue siendo útil para los mandos el estudio de la Historia Militar, a condición de extraer de ella los principios que rigen la acción, desdeñando el estudio detallado de unos procedimientos que ya no tienen vigencia.

Cierto que este estudio tiene que sedimentarse de modo que a la hora de la acción la aplicación de principios sea un reflejo, y no la inútil búsqueda de precedentes en un archivo mental e incompleto. Recuérdese la frase famosa de Verdy du Vernois: «Al diablo la historia y sus principios; después de todo, ¿aquí de qué se trata?» Que es la pregunta esencial que hay que hacerse en cada caso, para profundizar en su conocimiento, para adquirir esa tranquilidad a que se refería el General alemán Pecker, cuando decía: «...esa tranquilidad que da el saber».

El sucesor de Clausewitz en la Academia de Guerra de Berlín, el General prusiano Willisen, cuando explicaba a sus alumnos la aplicación práctica de los principios, formuló una regla que hizo suya el Mariscal Foch, el Generalísimo aliado de la primera Guerra Mundial, único que hasta ahora registra la Historia, cuando siendo profesor de la Escuela de Guerra de París escribió su libro, en cierto modo y por esta misma razón inmortal, *Les Principes de la Guerre*.

Esta regla del General Willisen, que en definitiva es la misma afirmación del General Pecker, pero formulada ya, claramente, como norma de conducta, la enunció así: «Entre el conocimiento y la posibilidad hay siempre un salto; pero este salto ha de darlo el saber y no la ignorancia». Esa famosa posibilidad que distingue el saber, es la que busca, en su raíz, el famoso «¿de qué se trata?», de Verdy du Vernois.